

EL INSULARISMO, EL NACIONALISMO Y EL INDEPENDENTISMO EN EL PERIODISMO CANARIO DE LA EMIGRACIÓN EN CUBA


The insularism, the nationalism and the independence in the journalism made by the Canary Islands emigrants in Cuba

DOI: <http://dx.doi.org/10.12795/RiHC.2019.i12.04>

Recibido: 12/03/2019

Aceptado: 02/05/2019

Publicado: 15/06/2019

Julio Antonio Yanes Mesa
Universidad de La Laguna, España
jayanes@ull.edu.es
ORCID  0000-0003-2061-9268

Como citar este artículo: YANES MESA, Julio Antonio (2019): "El insularismo, el nacionalismo y el independentismo en el periodismo canario de la emigración en Cuba", en *Revista Internacional de Historia de la Comunicación*, (12) ISSN 2255-5129, pp. 67-86.

Resumen: *En el presente artículo nos hemos propuesto concretar los rasgos distintivos del Periodismo, más que de los periódicos, al que dieron vida los emigrados canarios en Cuba durante el último tercio del siglo XIX y primero del XX. A tal fin, hemos recurrido a las páginas de las propias publicaciones y a los estudios disponibles sobre algunas cabeceras para, siguiendo las pautas académicas de la comunicación social, reconstruir el mecanismo comunicativo articulado por el sector en el seno del contingente emigrado. Ello nos ha permitido desvelar el perfil de la minoría editora, la tipología y la evolución del producto informativo, la distribución y circulación de los ejemplares, los destinatarios y receptores de la información e, incluso, los cauces a través de los cuales (las lecturas colectivas y el «boca en boca») el mensaje circuló por la colonia isleña de la isla antillana y las propias Islas Canarias. En el desarrollo de la investigación hemos tenido en todo momento presente la evolución del periodismo coetáneo editado en Canarias para, centrando el análisis en la concepción que se tenía del archipiélago en los dos polos del flujo migratorio, detectar las diferencias y similitudes existentes al respecto en la prensa de ambas orillas del Atlántico*

Palabras clave: *emigración, Cuba, periodismo, comunicación social, Islas Canarias.*

Abstract: *In the present article we have proposed to summa rise the distinctive features of the Journalism, not only with the foundation of newspapers and magazines, that was produced by the Canary Islands emigrants in Cuba during the last quarter of the XIX century and the beginning of the XXs. For that purpose, we had used the pages of those publications and some available studies about certain newspapers with the intention, following the academicals patterns in social communication, to rebuild the communicative mechanism constructed by this professional segment inside the group of emigrants. This procedure had allowed us to uncover the profile of that publishing minority, the typology and the development of the informative product, and also the distribution and traffic of the newspapers and magazines, the addressees and receivers of the information and, even more, the ways through which (collective readings and «from mouth to mouth») the message spread not only in the Canary Islands colony living in Cuba but also in the Canary Islands themselves. In the progress of this research we always had in mind the development of the coetaneous journalism published in the Canaries in order to, focusing the analysis in the usual conception about the Archipelago in both poles of the migratory flow, detect the current differences and similarities about the journalism in the two shores of the Atlantic Ocean.*

Keywords: *Emigration, Cuba, journalism, social communication, Canary Islands.*

Introducción

Con el precedente de las referencias recogidas en el catálogo editado a inicios del siglo XX por Luis Maffiotte en Madrid (1906: 143), el hito bibliográfico que ha puesto en valor a la prensa promovida por los emigrados canarios en Latinoamérica ha sido el artículo publicado por David W. Fernández en la revista del Museo Canario de Las Palmas a mediados de los años cincuenta y actualizado, décadas más tarde, en un breve opúsculo

(Fernández, 1956-57: 153-162; y 2000).¹ Partiendo de esa información primigenia, muchos hemos sido los investigadores que, además de utilizar las páginas de dichos periódicos como fuentes de documentación, los hemos abordado, de una u otra manera, como objetos de estudio en sí mismos. Al margen de los análisis de contenido como, por ejemplo, el de Gertrudis Campos y Jesús Guanche sobre el quincenario *El Guanche* (1924-1925) de La Habana a propósito de su defensa de los inmigrados canarios (1993), especial mención merecen los autores que han trabajado el asociacionismo isleño en Cuba, caso de Gregorio Cabrera (1996) o de Valentín Medina (2000),² al prestar una atención específica a sus órganos en prensa. A todo ello debemos añadir los estudios de determinadas cabeceras, caso de *Tierra Canaria* (1930-1931) de La Habana por Manuel de Paz o *El Guanche* (1897-1898) de Caracas por Manuel Hernández González, quienes, al igual que hiciera la Editorial Benchomo con *El Guanche* de La Habana en 1980, han puesto a disposición de la comunidad científica los ejemplares respectivos en sendas ediciones facsimilares. Para comprobar la vitalidad de estas líneas de investigación centradas en aspectos puntuales de los periódicos, sin ir más lejos, el presente dossier recoge un estudio sobre el mensual *Vida Canaria* (1928-1929) de Montevideo y otro sobre el doblemente citado quincenario *El Guanche* (1924-1925) de La Habana.

En los renglones que siguen, nos hemos propuesto ir más allá de los periódicos para efectuar una incursión en el Periodismo de la emigración canaria, esto es, ofrecer una visión más interpretativa y explicativa que descriptiva de la realidad objeto de estudio, dentro del marco específico de la isla de Cuba. Además de reconstruir el mecanismo comunicativo correspondiente, nos hemos planteado el objetivo de detectar, tal y como anticipamos en el título, la especificidad ideológica de esta prensa expatriada en relación a la coetánea editada en Canarias.

1 El elemento humano sobre el que pivotó el periodismo objeto de estudio

Sin duda alguna, la emigración a Iberoamérica ha sido un componente estructural de la dinámica socioeconómica de las Islas Canarias a lo largo de la Historia, toda vez que ha estado presente desde, prácticamente, la incorporación a la Corona de Castilla hasta

¹ En el opúsculo figuran 35 cabeceras, muy reiteradas (cuatro tituladas *Canarias*, tres *Las Afortunadas*, tres *Cuba y Canarias*, etc.) que el autor no siempre deja claro que se trate de publicaciones diferentes.

² Recientemente, este mismo autor y Jorge A. Liria Rodríguez han escudriñado las páginas de esta prensa canaria editada en la isla antillana para estudiar, en el seno de los contingentes emigrados de Cataluña, el País Vasco, Galicia y las Islas Canarias, los distintos movimientos nacionalistas que anidan en el Estado español en la otra orilla del Atlántico (Medina y Liria, 2018: 443-460).

hace apenas unas cuatro décadas, cuando el flujo migratorio invirtió su curso, sobre todo, desde la integración de España en la Unión Europea. La dependencia del exterior de un archipiélago tan parco en recursos como el que nos ocupa al gravitar su economía sobre un monocultivo agrario, reemplazado a partir de los años sesenta del siglo XX por el turismo de masas sin que ello supusiera erradicar tales servidumbres, ha determinado la histórica expulsión de los excedentes demográficos en las recurrentes crisis sufridas por el sector exterior e, incluso, el de subsistencia en las periódicas sequías. En la etapa más álgida del éxodo, la que abarca el último tercio del siglo XIX y el primero del XX, el destino mayoritario fue Cuba, en un proceso espoleado, a partir de los años setenta del siglo XIX, por la depreciación del cultivo de exportación de la época, el liquen tintóreo conocido como «cochinilla», y, tras la renovación de éste con la oferta de plátanos, tomates y papas tempranas, el colapso de la exportación frutera y del tráfico portuario durante la I Guerra Mundial. Aunque el final del período estudiado coincide con otra crisis internacional, la del crac neoyorquino del 29, ésta no incidió en la emigración porque sus secuelas también se dejaron notar en Cuba y en toda Iberoamérica, el destino tradicional de los excedentes demográficos del archipiélago.

En las seis décadas citadas, el voluminoso traslado de población de un espacio insular a otro, una vez depuradas las estadísticas disponibles y pergeñado el perfil del emigrante,³ nos habla de, al menos, unos 20.000 individuos entre el «desastre» de 1898 y el estallido de la I Guerra Mundial (Yanes, 2003: 191-193) y de otros 59.000 entre los veranos de 1914 y 1932 (Yanes, 2006: 25-102). Para ponderar con rigor tales cifras, a las que falta sumar las del último tercio del siglo XIX y, añadiendo los otros destinos, las del contingente que a lo largo de todo el período recaló en las repúblicas continentales, debemos recordar que los recursos demográficos de Canarias ascendían en 1920 a tan solo 457.633 individuos, de los que un 40% tenía menos de 15 años. Esa población expatriada en la isla caribeña se organizó, a partir de 1872,⁴ en clubes y sociedades para socorrerse mutuamente y mantener vivas sus señas de identidad, en lo que la edición de periódicos jugó un papel central desde 1864, cuando apareció *El Mencey*.⁵ El fruto más consistente del proceso fue la Asociación Canaria de Beneficencia, Instrucción y Recreo de La Habana, fundada en 1906 y titulada desde 1917 con el simple rubro de

³ Al respecto debemos aclarar, porque sin ello no se puede entender el rol del periodismo canario en Cuba, que no se trató de una «emigración golondrina» como recogía la prensa de la época, por la concentración de las salidas a inicios de la zafra azucarera y de los retornos al término de éstas, dado que unos y otros migrantes no eran los mismos todos los años, sino «temporal», con estancias comprendidas, mayoritariamente, entre los cuatro y los siete años (Yanes, 1998).

⁴ Con el precedente de la fugaz Junta de Beneficencia Canaria, auspiciada por el gobernador civil de Canarias en La Habana en 1861 con el propósito de involucrar a los «treinta o cuarenta mil canarios» que, por entonces, residían en Cuba en el establecimiento de centros benéficos en el archipiélago (Hernández González, 2006-2007: 290).

⁵ Más de medio siglo atrás, en 1811, cuando sólo se habían editado dos periódicos impresos en el archipiélago (Yanes, 2003: 64-75), en Cuba había circulado *El Canario* (Hernández González, 2006-2007: 289).

Asociación Canaria (Cabrera Déniz, 1996: 281-299 y 320-355; Medina, 2000: 255-340), la cual llegó a aglutinar a una cuarta parte del colectivo expatriado. Además de asumir la labor asistencial con muchos más medios que las otras iniciativas asociativas isleñas, su concurso se hizo cada vez más necesario desde el crac azucarero de 1920, más aún cuando, en ese momento, la colonia isleña residente en la isla antillana ascendía, según manifestara el presidente de la Asociación Canaria, a unos ciento treinta mil individuos,⁶ contando a los establecidos con anterioridad y a los cónyuges, hijos y allegados cubanos, lo que casi suponía el 30 por 100 de la población censada en las Islas Canarias.

Conforme avanzaron los años 20, el sector azucarero cubano dejó cada vez más clara la irreversibilidad de su crisis, lo que, unido a la creciente bonanza económica que reinaba en Canarias por el auge coyuntural de la exportación frutera, hizo que el flujo migratorio, con los retornos y la repatriación de unos diez mil isleños carentes de medios para regresar por su cuenta, invirtiera su curso (Yanes, 2009). Sobre tan precaria situación, el sobreañadido impacto del hundimiento de la bolsa neoyorquina en 1929, con el consiguiente incremento del paro obrero, sumió a la isla antillana en graves altercados, lo que aconsejó a las autoridades acabar con los últimos coletazos de la inmigración exigiendo, desde agosto de 1932, un depósito previo para entrar en el país y, poco después, promulgando una nueva legislación sumamente restrictiva. Para los canarios establecidos voluntariamente con sus familias, al igual que para aquellos otros que no tuvieron otra opción que quedarse al no poder enajenar su patrimonio, el panorama se agravó desde la puesta en vigor del llamado «decreto de nacionalización del trabajo» que, a finales de 1933, empezó a exigir a todos los empresarios la reserva, cuanto menos, de la mitad de los empleos para los ciudadanos cubanos. El punto final de la secular emigración canaria a Cuba lo puso, a mediados de febrero de 1936, la supresión de la última línea directa de navegación entre ambos espacios insulares, servicio que por entonces funcionaba con periodicidad bimensual (Yanes, 2006: 98-101). Pues bien, sería en la primera fase de la crisis cubana, entre el crac del sector azucarero en 1920 y la gran depresión de los años treinta, cuando, a raíz del golpe de Estado del general Primo de Rivera en septiembre de 1923, emergió en el seno del colectivo inmigrado una prensa que, sin renunciar a la tradicional orientación del sector, exteriorizó una ideología insólita para la editada por entonces en Canarias.

2 El perfil de la minoría editora

En el contingente migratorio que recaló en la isla caribeña a lo largo del período estudiado son fácilmente detectables dos segmentos poblacionales que diferían tanto

⁶ LEÓN GONZÁLEZ, D. (21 de septiembre de 1920), entrevista, *La Prensa* de Santa Cruz de Tenerife, p. 1.

en el volumen como en el perfil, la ocupación y el lugar de asentamiento. El prototipo del más numeroso, que supuso el 80 por 100 del colectivo, era un varón joven, soltero, con baja cualificación profesional y, mayoritariamente, procedente de las áreas dedicadas a la agricultura de subsistencia en el archipiélago.⁷ Por el contrario, en el 20 por 100 restante predominaba un componente familiar, con mucha mayor presencia femenina, infantil y adulta, una cierta cualificación y una procedencia de las localidades más desarrolladas y las zonas destinadas al cultivo de exportación. Mientras éste se estableció en La Habana y, en mucha menor medida, en las restantes zonas urbanizadas de la isla caribeña para dedicarse al comercio o ejercer alguna profesión liberal, el más voluminoso recaló, en cifras disparadas desde la entrada en vigor de la permisiva ley migratoria de 1907 para eludir el servicio militar,⁸ en las provincias interiores, sobre todo, de Sancti Spíritus, Villa Clara, Ciego de Ávila, Matanzas y Cienfuegos, para trabajar en los centrales e ingenios azucareros como peones en el corte de la caña dulce; o, en número mucho más reducido, en el cultivo del tabaco, sobre todo, en la localidad de Cabaiguán (López Isla, 2017). Ambos segmentos también se diferenciaban por los fines que perseguían allende los mares, toda vez que los más jóvenes viajaban con la esperanza de reunir unos ahorros y, tras varios años de trabajo (dado que la dinámica migratoria no fue golondrina), regresar a sus lugares de procedencia, en contraposición con el colectivo más cualificado que lo hacía en mucha mayor medida con la intención de hacer definitiva la expatriación. Precisamente, este sector minoritario fue el que dio vida a la treintena larga de publicaciones canarias catalogadas en Cuba (Fernández, 2000), de las que todas menos dos vieron la luz en La Habana, el centro de operaciones de esa burguesía canaria establecida en la isla caribeña.

Tal y como recogiera el poeta y, tras su posterior regreso a Canarias, odontólogo Antonio Pino Pérez en el artículo que, bajo el titular «Las dos emigraciones», publicó en las páginas 13 y 14 de la revista *Tierra Canaria* de mayo de 1930, la minoría ilustrada isleña que residía en Cuba disentía, tanto por su extracción social como por sus parámetros ideológicos, de la residente en el archipiélago que había adquirido su formación superior en la península. Así, mientras la primera era algo así como la crema intelectual de la riada humana que recalaba en la isla antillana en busca de las oportunidades que le negaba su tierra, parte de la cual se había titulado en los centros educativos cubanos

⁷ Aunque reiteradamente citados en la prensa de la época al estar muy expuestos en las zonas urbanas, los célebres vendedores ambulantes conocidos como «baratilleros» (descolgados, por razones diversas, de las tareas agrarias), cuyas baratijas transportaban en un saco o en una especie de carretilla, eran cuantitativamente irrelevantes dentro del contingente emigrado. TRUJILLO MIRANDA, P. (5 de septiembre de 1912), «Tipos Canarios. El baratillero», *Islas Canarias*, núm. 169, p. 9.

⁸ La ley de 21 de diciembre de 1907 reconocía la libertad de emigrar a todos los ciudadanos, exceptuando tan sólo a los jóvenes en el año que ingresaban en el servicio militar, a los soldados en activo, y a los individuos encausados por problemas judiciales (Yanes, 1995: 157-174).

con un denodado esfuerzo,⁹ la otra estaba formada por los hijos de la clase dominante isleña que, ante la carencia de una universidad propia hasta después de la I Guerra Mundial, habían tenido que desplazarse a Madrid, o a cualquier otra ciudad peninsular, para cursar una carrera universitaria. Sobre tales bases, Antonio Pino Pérez explicaba que mientras estos últimos consideraban a España como su «Patria Grande» porque se consideraban «españoles», los intelectuales emigrados en la isla antillana se sentían, exclusivamente, canarios. Este sentimiento «nacionalista» que prendió en la élite dirigente de la colonia canaria en Cuba, aunque basculó entre un simple sentir identitario idealizado por la lejanía y una auténtica aspiración por la independencia del archipiélago, no estaba reñido con la moderación ideológica y el cosmopolitismo de los que hiciera gala el periodismo canario a lo largo de la Historia. En efecto, tal y como ilustra el texto que, previamente, publicara el propio Antonio Pino en la página 13 del primer número, editado en marzo de 1930, de la citada revista: «La Patria de los canarios no es España; ni América, ni África, ni siquiera las islas. La Patria común de los canarios, la Patria imposible que nos identifica a todos en un sentimiento único, es el mar».

3 La tipología, la orientación y la evolución de las publicaciones

En la treintena larga de cabeceras que pusieron en circulación los emigrados canarios en Cuba, la periodicidad de las ediciones osciló entre la semanal, por la que optaron la mitad de ellas, y la decenal, quincenal y mensual de las restantes. La ausencia de diarios guarda coherencia con el hecho de tratarse de un periodismo cultural, de servicios y, al calmoso ritmo del tiempo histórico en la época, más explicativo que informativo, lo que deja en evidencia que los isleños accedían a la actualidad a través de los diarios cubanos, en los que algunos de ellos colaboraban y, en algún caso, destacaron como redactores (Fernández, 1989). Aunque las dificultades para mantener una edición diaria, dada la condición mayoritariamente analfabeta de los inmigrados, basta para explicar la falta de tal tipo de periodicidad, no es menos cierto que, de la misma manera que las publicaciones isleñas se abrieron a la sociedad antillana, la minoría letrada canaria debió cubrir satisfactoriamente sus necesidades informativas con los rotativos antillanos. Ello nos deja entrever un afán editor que, lejos de pretender cultivar aisladamente los patrones culturales propios en la tierra de acogida, tenía la vocación de abrir lazos y fomentar la convivencia con la población autóctona. En coherencia con todo ello, el formato tipo de estas publicaciones fue el de revista, con una relación inversamente

⁹ Entre las decenas de miles de canarios analfabetos y sin cualificación profesional que recalaron en Cuba en los siglos XVIII y XIX, se han detectado 68 que cursaron estudios universitarios en la isla antillana (Reyes Fernández, 1992: 296-297).

proporcional entre las dimensiones de las páginas y el número de éstas, que oscilaron mayoritariamente entre las 16 y, en las periodicidades más distanciadas, las 40. Sobre tales bases, la trayectoria del sector nos ha permitido detectar tres sucesivas etapas, en la última de las cuales emergió en las líneas editoriales el hecho ideológico diferencial en relación a la prensa coetánea editada en las Islas Canarias.

La primera de las etapas, descontando el prematuro precedente de *El Canario* en 1811, va desde la irrupción de *El Mencey*,¹⁰ en 1864, hasta la fundación de la Asociación Canaria de Beneficencia, Instrucción y Recreo de La Habana en 1906. En esas cuatro largas décadas, aunque la iniciativa editora no fue desdeñable porque salieron al mercado la mitad de las publicaciones de todo el período, los frutos de tales inquietudes fueron muy endeble, hasta el extremo de que ni siquiera una tercera parte de ellas, *El Mencey* (1864-1866), *La Voz de Canarias* (1884-1886), *El Eco de Canarias* (1886-1890 y 1893-1894) y *Las Afortunadas* (1893-1896), superó el año de vida, y los números publicados por muchas de las restantes no llegaron siquiera a la media decena. La precariedad del sector, explicable porque la colonia canaria no había alcanzado todavía el número de efectivos ni la organización suficientes, empezó a ceder en 1906 con la fundación de la Asociación Canaria, a lo que de inmediato se sumó la promulgación, en 1907, de la permisiva legislación migratoria española que, con las facilidades dadas por la homóloga cubana y el sobreañadido incentivo de eludir el servicio militar con la posible movilización para la guerra de Marruecos, iba a propiciar el sostenido incremento de la colonia canaria hasta el crac azucarero de 1920.

En dicha coyuntura de cambio, el propio año 1906, salió al mercado, compartiendo la tradicional orientación cultural y aglutinadora, el semanario dominical *Cuba y Canarias* (1906-1923), cuyos 17 años de vida marcan el inicio y el final de esta segunda etapa; al que, dos años más tarde, acompañó durante, al menos, nueve años el también semanario *Islas Canarias* (1908-1917),¹¹ autoproclamado órgano de la colonia canaria. Solo el título del primero de ellos con sus referencias explícitas, y en términos de igualdad, a los dos polos del flujo migratorio, Cuba y Canarias, que, por si no quedara claro, subrayaba un subtítulo en el que, entre otras cosas, se puede leer «Revista Ilustrada de Intereses cubano-canarios», nos habla de un periodismo de integración, no de segregación como ocurriera con el de otras nacionalidades europeas de habla no española en Latinoamérica,¹² de los isleños en su tierra de acogida. Dirigido el primero

¹⁰ A su promotor, José Antonio Pérez Carrión, se debe el primer intento sistemático de estudiar el papel desarrollado en América por los emigrados canarios (Pérez Carrión, 1897).

¹¹ Aunque el catálogo de David W. Fernández cierra el ciclo existencial de este semanario en 1915, en los fondos de la biblioteca municipal de Santa Cruz de Tenerife se conserva un ejemplar de las *Islas Canarias*, «Revista semanal ilustrada. Órgano de la colonia canaria», fechado el 12 de mayo de 1917 con el núm. 303, en cuya mancheta se puede leer: «fundada en 1908. Año IX».

¹² En el caso de los irlandeses, «debido a que los que llegaban desconocían la lengua, lo que hacían inmediatamente era vincularse con sus compatriotas; primero en la pensión, luego en el trabajo y, más tarde, con las pocas mujeres que había... [las cuales]... como la oferta masculina era mucha y el prejuicio

por dos intelectuales de tanta relevancia como Tomás Felipe Camacho y Manuel Fernández Cabrera, y el segundo por Francisco Bethencourt Apolinario, ambos coincidieron en el mercado con otras iniciativas editoriales mucho más efímeras, por lo que, en aquellos años, el lector isleño tuvo a su disposición en ocasiones hasta tres productos informativos propios entre los que elegir.

La tercera etapa llegó con el cese del semanario *Cuba y Canarias* de La Habana en marzo de 1923, cuando empezó a quedar en evidencia que el hundimiento del sector azucarero en 1920, tras la reactivación de la producción remolachera europea al término de la I Guerra Mundial, iba para largo. A partir de entonces, pues, la fugacidad de las ediciones y los paréntesis cada vez más pronunciados sin siquiera una publicación fueron de nuevo, junto con la contracción de las iniciativas editoriales, las notas distintivas del sector. Sin embargo, fue en este contexto crítico y decadente para la colonia canaria, con el flujo migratorio ya reencauzado hacia la dirección opuesta, cuando cristalizó el hecho ideológico diferencial del periodismo isleño expatriado en la isla antillana. El hito inaugural data del 15 de marzo de 1924, cuando un sector de la Asociación Canaria, tras fundar el Partido Nacionalista Canario de Cuba a finales de enero, recuperó la emblemática cabecera del quincenario *El Guanche* (1897-1898), editado un cuarto de siglo atrás por Secundino Delgado en Caracas con una línea editorial independentista, para dar título a su órgano en prensa. La audaz publicación, dirigida inicialmente por Luis Felipe Gómez Wangüemert, consiguió sacar al mercado, a pesar de la crisis y de la incesante contracción de los potenciales lectores por los masivos retornos, 19 números hasta su cierre el 28 de febrero de 1925. El testigo de la causa fue recogido, al cabo de dos años, por la revista editada con periodicidad mensual *La Patria Isleña* (1926-1927), también dirigida por Luis Felipe Gómez Wangüemert (Paz Sánchez, 1991 y 1992), y, después de un paréntesis aún más pronunciado, por la homóloga *Tierra Canaria* (1930-1931), aunque de la orientación independentista sólo quedaba en ésta un residuo casi imperceptible.

En estos años crepusculares de la emigración a Cuba, estas tres publicaciones nacionalistas coincidieron en el mercado con cuatro extremadamente fugaces que, intentando sobrevivir espaciando las ediciones a periodicidad mensual, se movieron en la línea tradicional del sector acentuando, de un lado, la nostalgia por el archipiélago «perdido» y, de otro, su amor por la isla antillana de «acogida». El órgano de Canarias Sport Club titulado *Hespérides*, según reprodujera *Tierra Canaria* en la sexta página del número editado en abril de 1930, nos legó un lúcido testimonio de la disociación del mundo afectivo de sus promotores al trazarse, en el editorial fundacional, el objetivo de «dar a conocer en Cuba, esta tierra tan querida por nosotros, a aquella otra tierra, a

contra los *natives* también, terminaban casándose con algún paisano en el país de adopción» (Delaney, 2003: 139-140).

aquel terruño canario, cuyos paisajes llevamos impresos en nuestra retina y cuyo recuerdo se haya grabado en forma imborrable en nuestra mente». Tres años más tarde, cuando la opción del retorno a Canarias ya era prácticamente inviable, la Asociación Canaria promovía *Atlántida* para, en su único número publicado en febrero de 1933, poner en valor los méritos contraídos por los inmigrados canarios para conseguir el trato más favorable posible en la isla antillana. Así, tras deshacerse en elogios con la canaria Leonor Pérez, madre del líder independentista cubano José Martí, editorializaba en las páginas 4 y 26 en estos términos: «sigamos la ruta que enseñó Martí [...] esta Asociación, haciéndose intérprete de los sentimientos canarios, íntimamente ligados a la historia cubana [...] envía desde esta tribuna periodística al pueblo de Cuba el voto fraternal de un acendrado amor, unidos en el mismo vínculo, en una misma aspiración». El resto del paginado, al margen de las típicas notas de sociedad y algo de publicidad, la revista lo colmó, entre las páginas 5 y 15, con un publlirreportaje gráfico sobre el centro médico de la Asociación Canaria con el propósito de atraer socios para, así, paliar la insostenible situación del ente.

4 La ideologización de la línea editorial

Hasta la irrupción de *El Guanche* (1924-1925), la prensa canaria de la emigración en Cuba había centrado su labor informativa en mantener vivas las señas de identidad propias, cubrir los actos sociales de la colonia isleña, ofrecer las típicas notas de sociedad sobre la minoría más favorecida, defender los intereses de los inmigrados, acercar el terruño de origen con las noticias y fotografías oportunas e integrar al colectivo en la tierra de acogida. La percepción del archipiélago como un todo unido y uniforme conllevaba, de un lado, el empeño de abrir secciones para cada una de las siete islas con el propósito de ofrecer una información lo más regionalizada posible y, de otro, el rechazo al «pleito insular» que, a lo largo de la historia, ha enfrentado a la prensa editada en Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas de Gran Canaria. El editorial del número 175 del semanario *Islas Canarias*, fechado el 5 de noviembre de 1912, sintetiza la postura del sector aduciendo, desde la distancia y la añoranza, que «si la fuerza perdida en contiendas locales para reedificar después [...] la hubiéramos empleado, de un extremo a otro del archipiélago, en obras públicas, suscitar iniciativas, organizar la democracia y domar la naturaleza, nuestras islas victoriosas se hallarían hoy en la cúspide del adelanto material». En cuanto a Cuba, sin dejar de denunciar los abusos que sufrían los jornaleros inmigrados, la percepción era muy positiva para la burguesía emprendedora ante las oportunidades que, estando ausentes en Canarias por la rigidez y los arcaísmos de su formación social, ofrecía para montar y consolidar un negocio. Así, el mensual *Las Afortunadas*, en el segundo número de 5 de julio de 1922, decía que «en nuestra patria desgraciadamente aún quedan vestigios de nuestras diferencias sociales. Al encopetado

se le llama don Fulano y al pobre infeliz, se le dice cho Mengano, [...] en Cuba, en esta gran Cuba, tanto al pobre como al rico se le llama señor y, absolutamente, todos somos iguales y tenemos los mismos derechos». Las afinidades con «este pueblo cubano con quien los canarios viven como en su propia tierra», según recogiera *Cuba y Canarias* en su primer número de 8 de septiembre de 1912, no iban por entonces en detrimento de la inserción del archipiélago en el Estado español.

Sin alterar las líneas básicas del discurso tradicional,¹³ en el efervescente clima nacionalista reinante en las asociaciones de inmigrados de Cataluña, el País Vasco y Galicia tras el golpe de Estado del general Primo de Rivera, el 15 de marzo de 1924 reapareció *El Guanche* reivindicando su anterior etapa venezolana y, «por razones históricas y geográficas», la independencia de Canarias. Conforme sacó las sucesivas ediciones, la renacida publicación dejó bien claro que su desafección a España se debía, de un lado, al rechazo a la Monarquía por el apoyo de Alfonso XIII a la implantación de la dictadura, y, de otro, al abandono en el que estaban sumidas las Islas Canarias por la inacción del gobierno central. Sobre tales premisas, en el segundo número de 30 de marzo de 1924, el quincenario reivindicaba los patrones culturales isleños arremetiendo, en la tercera página, contra «los godos¹⁴ que allí [en las islas] viven como en país conquistado» a propósito de la constitución de un somatén «al estilo de los de Cataluña» y, en la quinta página, contra «el centralismo español» para reclamar una «federación de libres y prósperas nacionalidades». Tres números más tarde, el 15 de mayo de 1924, en las páginas 8 y 9 se hacía eco de «la deshispanización de Canarias» de la que, desde inicios de siglo, se hablaba en los círculos de la alta política en la península por la creciente presencia extranjera, lo que le dio pie para poner en valor tales inversiones en los servicios básicos ante la dejación de Madrid y el «absoluto desconocimiento que, de los intereses y las necesidades de Canarias, manifiestan los gobernantes de la metrópoli». Para redondear la postura del quincenario, tenemos que añadir la asimilación de su causa a la que, un cuarto de siglo atrás, movilizara al pueblo cubano, tal y como dejó patente en el editorial del número 12 de 30 de agosto de 1924: «los canarios somos, y queremos seguir siéndolo, sinceros hermanos de los cubanos [...] nosotros, como vosotros, odiamos el derecho de conquista, pregonamos la paz como bien inestimable y la libertad como suprema necesidad». Sin embargo, del caso caribeño disentía el canario por un concepto íntimo, inclusivo y pacífico de «patria» que, desde el primer número, había dejado testimoniado con la reproducción, en la página 12, de los conocidos versos de Nicolás Estévez, «Mi patria no es el mundo, / mi patria no es Europa, / mi patria es de un almendro / la dulce, fresca, inolvidable sombra»; los cuales

¹³ Incluido el «pleito insular», del que suscribió con reiteración las tesis anti-divisionistas formuladas por Unamuno durante su exilio en Fuerteventura, arremetiendo contra «las pasiones insanas que desata, mientras otros problemas de efectiva y profunda trascendencia están totalmente abandonados». (30 de junio de 1924), *El Guanche*, núm. 8, p. 2.

¹⁴ El término «godo» ha sido tradicionalmente utilizado por las clases populares del archipiélago canario para aludir, despectivamente, al residente peninsular que se considera superior a la población autóctona.

le dieron pie para afirmar que «la patria no es sólo el suelo. La patria es allí donde amamos y esperamos: la patria es el amor».

La propia publicación, al transcribir algunos textos del periodista catalán Martín Cáceres recientemente establecido en Cuba, nos ofrece el indicador más preciso para ponderar el alcance de dicha ideología nacionalista frente a las de otras regiones españolas en el contexto antillano. Así, en un artículo reproducido en la segunda y tercera páginas del noveno número de 15 de julio de 1924, Martín Cáceres abogaba por un «frente único» de los nacionalistas catalanes, vascos, gallegos y canarios para «acentuar el desprestigio de España y sus instituciones [...] proclamar todas las vergüenzas de su régimen». En otro texto también insertado en la segunda y tercera páginas, pero del último número, el mismo articulista contraponía la «raza inútil y perezosa» y el «parasitismo español» a la laboriosidad reinante en Cataluña, el País Vasco, Galicia y Canarias para, así, justificar las ansias de independencia de estas regiones. Tales afirmaciones contrastan con las del redactor canario Félix Duarte, quien, en la séptima y novena páginas del número 15 de 10 de noviembre de 1924, aclaraba que «no ha sido por odio a España por lo que se ha reorganizado el Partido Nacionalista Canario, no. Los que militan en sus filas, aman las glorias españolas, se descubren ante su bandera, hablan su armoniosa lengua y rinden pleitesía a los genios ilustres que acrecentaron el patrimonio de nuestra historia». La propia publicación, al insertar en la página 13 del décimo número de 30 de julio de 1924 un texto firmado por un «canario español» sobre la trayectoria literaria de su director, dejaba en evidencia el escaso calado de su posicionamiento. En concreto, el desconocido autor recordaba que Luis Felipe Gómez Wangüemert había sido galardonado con anterioridad por un soneto que presentó en un certamen celebrado en Santa Cruz de La Palma sobre el Quijote, en cuyos versos finales aludía a la pérdida del imperio colonial de España en estos términos: «Mermado el territorio, empobrecida / y hasta quizá, por la traición vendida, / hoy, en estos difíciles instantes / de negra adversidad, bajo el azote, / le queda en patrimonio su Quijote, / y el honor de ser patria de Cervantes».¹⁵

La posterior trayectoria del mensuario *Tierra Canaria* a inicios de los años treinta, no hizo sino confirmar el extremado moderantismo del independentismo canario. En efecto, tras una etapa inicial en la que la publicación recuperó el tradicional papel de cordón umbilical de la colonia isleña en Cuba con el archipiélago, aunque con una mayor idealización porque el retorno era cada vez más inviable por la crisis, no dejó aflorar el independentismo hasta las páginas tercera y cuarta del número 11 de enero de 1931, esto es, hasta casi un año después de su aparición. Y ello, por la intervención policial, siguiendo las órdenes del gobernador civil de la provincia, contra una manifestación en Santa Cruz en protesta por el supuesto traslado de unas líneas marítimas al puerto de

¹⁵ El propio presidente del Partido Nacionalista Canario de Cuba, José Cabrera Díaz, había dirigido en Tenerife, antes de emigrar, el diario conservador *El Tiempo* (1902-1911), uno de los órganos isleños del sistema de la Restauración (Yanes, 2003: 297-301).

Las Palmas, con el saldo de un fallecido y varios heridos, dentro del tradicional «pleito insular». En concreto, *Tierra Canaria* lamentaba que fuera «así como se quiere imponer el amor a una bandera y el respeto a una corona» para, dos números más tarde, en la página tercera del número de marzo de 1931, afirmar que «las Islas Canarias no sienten, ni han sentido, ninguna devoción por España». Paralelamente, tras arremeter de nuevo contra el «godo» que estaba al frente del gobierno civil de la provincia por los recientes sucesos, el mensuario decía sin ambages querer «que el archipiélago canario sea libre e independiente, que se lleven la bandera roja y gualda, que se nos permita vivir como todo pueblo afanoso de renovación, sin reyes y sin coronas». Pero dos meses más tarde, tras la proclamación de la República, en la página tercera del número 15 de mayo de 1931, matizaba: «nosotros, que siempre hemos odiado a la vieja España de los reyes, de los aristócratas y de los clérigos, queremos levantar virilmente nuestra voz para saludar emocionados a la República que llega [...] Las Islas Canarias entran ahora en una nueva vida. Pueden expresar sus pensamientos y dirigir sus ideales, desde la autonomía hasta la República Federal»; lo que en la página 26 del último número de julio de 1931, le hizo afirmar: «La bandera de la República hispana, más hidalga que nunca, más humana y más excelsa, nos protege y nos ampara».

Para calibrar la singularidad de esta ideología nacionalista que emergió en los años veinte en la prensa canaria editada en Cuba, basta con recordar que en Canarias el nacionalismo se había reducido al minúsculo círculo que, en 1902, cuando aún estaban candentes los rescoldos del *desastre* de 1898, había dado vida al fugaz semanario *¡Vacaguaré!...*¹⁶ en La Laguna, del que tan sólo salieron cuatro números al mercado por el inmediato encarcelamiento de su *alma máter*, Secundino Delgado, en Madrid. Este conato de prensa nacionalista, además de marginal, también había sido tributario de la emigración, dado que supuso algo así como una versión más comedida, esencialmente autonomista, del primer órgano independentista canario, el citado *El Guanche* (1897-1898) que el propio Secundino Delgado promoviera un lustro atrás en Venezuela. La dinámica sociopolítica de las Islas Canarias, que tradicionalmente giraba en torno a la secular pugna que sostenían las burguesías asentadas en los puertos de las dos islas centrales del archipiélago por hacerse con los organismos rectores de la Región, había apagado de inmediato ese conato nacionalista en el archipiélago. Luego, el inmediato recrudecimiento del conflicto, al no conseguir sofocarlo la ley de Cabildos de 1911 con la concesión de una cierta autonomía a las siete islas, desembocaría en 1927 en la división provincial. En el fragor de aquella batalla, mientras las perspectivas tinerfeña y grancanaria oscurecían, desde dentro de cada una de estas islas, la percepción de la Región, los emigrados en Cuba de ambas y de las restantes islas divisaban el archipiélago

¹⁶ Término de la lengua aborígen equivalente en español a «quiero morir» que con reiteración pronunció, según la tradición, Tanausú antes de perecer, el reyezuelo prehispánico de la Caldera de Taburiente (La Palma), tras negarse a ingerir alimentos cuando era llevado a la península por las tropas del conquistador castellano Alonso Fernández de Lugo una vez capturado con una trampa.

desde la otra orilla del Atlántico como un todo armónico y armonioso. Precisamente, el traslado de tal visión integradora a las líneas editoriales de las tres publicaciones citadas en términos nacionalistas constituye el hecho ideológico diferencial del periodismo isleño emigrado en Cuba.

5 El ciclo de vida del producto informativo

Al margen de los tres lustros largos que van desde la fundación de la Asociación Canaria, en 1906, y el cese del semanario *Cuba y Canarias*, en 1923, en los que la bonanza del sector azucarero coincidió con la presencia más masiva y organizada de los inmigrados, las dificultades para mantener una publicación con contenidos canarios en la isla antillana fueron enormes. Sólo una somera reflexión sobre dos de los rasgos del segmento del mercado lector al que iban dirigidas tales iniciativas editoriales, las altas tasas de analfabetismo y el afán del contingente más numeroso, el de los jóvenes que cortaban caña en las zafras azucareras, por reducir al máximo sus gastos personales para regresar a Canarias con los mayores ahorros posibles, basta para comprender que, incluso, en la coyuntura más favorable, los editores nunca lo tuvieron fácil para, simplemente, mantener sus productos informativos en el mercado. Aunque un simple vistazo a la fugacidad de la inmensa mayoría de ellos basta para corroborar lo que decimos, la última de las revistas nacionalistas, *Tierra Canaria*, nos dejó testimoniado el sobreesfuerzo que hubieron de hacer sus promotores para mantenerla en el mercado en el enmarañado contexto subsiguiente al crac neoyorquino de 1929, cuando los potenciales lectores eran cada vez menos, el poder de compra de los establecidos en Cuba menguaba cada vez más y, sin embargo, la crisis instaba al amparo mutuo a través del asociacionismo y la comunicación social.

Promovida en marzo de 1930 con periodicidad mensual, a los cinco meses, *Tierra Canaria* elevaba un SOS a sus paisanos, en la página 34 del número de agosto, en demanda de suscriptores, aduciendo que, de no incrementar la nómina, su continuidad era inviable. Al no dar el llamamiento los resultados deseados, los promotores decidieron en octubre ofrecer incentivos económicos por cada nueva incorporación a la casi treintena de agentes-distribuidores que tenían repartidos por la isla caribeña. Comoquiera que el procedimiento tampoco surtió el efecto deseado, de inmediato solicitaron y, en marzo de 1931, consiguieron de la Asociación Canaria la consideración de órgano oficial de la misma, tras lo cual reclamaron una subvención mensual de 25 pesos a cargo del capítulo de propaganda que le fue denegada por la precaria situación económica del organismo. Por entonces, la mayoría de los agentes tenían pagos pendientes por las ventas y muchos ejemplares atrasados sin vender ni devolver a La Habana, al tiempo que un buen número de ellos, según salió a relucir en la segunda

página del número 14 de abril de 1931, liquidaban las cuentas con un tal Nazario Rodríguez que, al parecer, estaba en paradero desconocido. Sobre la marcha, los promotores intentaron incrementar las ventas con el rebaje de la suscripción mensual de 20 a 10 céntimos para los miembros de la Asociación Canaria con la esperanza de que, a mayor circulación, conseguirían más anuncios; y desde el mes siguiente, en mayo de 1931, ajustaron la tirada a la clientela que estaba al corriente de los pagos. Pero todo fue inútil, por lo que *Tierra Canaria* no tuvo otro remedio que suspender la edición en julio de 1931, cuando había conseguido editar 17 números, dejando a la colonia canaria huérfana de órganos de en prensa.

Una referencia cuantitativa que sintetiza fríamente la precariedad del segmento del mercado lector al que iba dirigida *Tierra Canaria* nos la ofrece la fuerte contracción de la masa social de la Asociación Canaria, que de los más de veintidós mil miembros que tenía al término de la I Guerra Mundial, cuando la inmigración estaba en todo su apogeo, había bajado por entonces a unos escasos siete mil (Medina, 2000: 313-314 y 316). En tal coyuntura, agravada por la pérdida generalizada de poder de compra ante la crisis, *Tierra Canaria* había sido utilizada por Luis Felipe Gómez Wangüemert, por entonces encargado de la sección de propaganda, para llevar a cabo una campaña de atracción de socios paralela a la que la propia revista pusiera en marcha con las suscripciones. Pero el único logro reseñable fue la incorporación, al igual que sucediera en las otras asociaciones de inmigrados españoles, de la mujer en julio de 1931, hasta entonces excluida a título personal, con los mismos derechos y obligaciones que el hombre. Y ello, merced al interés de éstas de encontrar algún tipo de amparo en aquella época tan convulsa, a cuyo fin habían organizado el movimiento Hijas de Canarias (González Pérez, 2001: 187-204). Pero la insuficiencia del aditamento femenino quedó pronto en evidencia ante la acentuación de la crisis, lo que ilustra la fugaz edición, al cabo de año y medio, de un nuevo órgano en prensa de la Asociación Canaria, *Atlántida*, que sólo pudo sacar un número en febrero de 1933.

6 El destinatario, el receptor y el impacto social del mecanismo comunicativo

Salvo en los casos de las dos revistas que vieron la luz, fugazmente, fuera de la capital de la isla caribeña, este periodismo iba dirigido, en primer término, a la burguesía isleña residente en La Habana, cuyas tasas de alfabetización eran más altas y su interés por la lectura, al estar más cualificada y atada por sus actividades económicas a la tierra de acogida, mucho mayor que el de los jóvenes que cortaban caña en los ingenios y centrales azucareros. Con la diversidad de la casuística que, más allá de estas dos tipologías mayoritarias, se daba en la vida real de los emigrados, los indicios que nos han

legado las páginas de las propias publicaciones nos hacen pensar que unos dos tercios de las tiradas, *grosso modo*, se quedaban en La Habana y el resto recalaba en los lugares de la isla antillana con un número de residentes lo suficientemente alto como para tener algún tipo de organización, incluidos los ingenios y centrales azucareros más alejados. El dato de la implantación territorial de la Asociación Canaria al término de la I Guerra Mundial, cuando 2.540 de sus 22.695 socios residían en La Habana y los 20.155 restantes en los municipios de unas 59 delegaciones y representaciones concentradas, en más de un 90 por 100, en las provincias de Sancti Spíritus,¹⁷ Villa Clara, Ciego de Ávila, Matanzas, La Habana y Cienfuegos, nos permite entrever la distribución de los ejemplares por las sedes sociales correspondientes, donde eran reiteradamente leídos, así como en los hogares de la minoría más afortunada (Medina, 2000: 313-314).

Aunque el destinatario de la publicación era, evidentemente, el inmigrado alfabetizado, el receptor de las informaciones fue, de una u otra manera, toda la colonia canaria, por más que los textos no llegaran siempre, ni mucho menos, con el rigor y la fidelidad deseables. El procedimiento eran las lecturas colectivas que, en los espacios de sociabilidad de las localidades, ingenios y centrales azucareros se celebraban en los ratos de asueto, donde los pocos que sabían leer lo hacían en voz alta para que todos se enteraran de lo que decía el periódico. Luego, el «boca en boca» se encargaba, evidentemente, con la inevitable alteración de los contenidos, de hacer que lo publicado llegara a los restantes inmigrados, quienes, como no podía ser de otra manera, construían los significados de lo que oían a partir de sus conocimientos previos del tema y sus esquemas subjetivos. De esta manera se creaban incipientes corrientes de opinión que sólo en vertientes muy puntuales, como la captación de socios para la Asociación Canaria, pudieron resultar fructíferas para el emisor. A todo ello se sumó el trasvase recíproco de informaciones entre los dos polos del flujo migratorio, Canarias y Cuba, tanto a través de la reproducción de textos tomados por los editores de la prensa que recibían del otro espacio insular, como de los intercambios particulares, toda vez que las familias de los emigrados solían enviar a sus hijos paquetes con fajos de periódicos y los retornados al archipiélago recibían, de vez en cuando, revistas editadas en Cuba de sus allegados. El trasiego de informaciones se completaba con las cartas que, ocasionalmente, las redacciones recibían de algún conocido residente en el otro polo del flujo migratorio. Si todo ello lo ponderamos a la luz del escasísimo volumen de información que circulaba en la época, debemos convenir que el mensaje de la prensa canaria editada en Cuba, incluido el de las publicaciones nacionalistas *El Guanche*,¹⁸ *La*

¹⁷ Aunque la provincia de Sancti Espíritus duplicaba con creces el número de socios de La Habana, 5.746 (de los que 2.152 residían en Cabaiguán y Guayos), aquí sólo se editó una publicación, *Cuba y Canarias* (1922-1923), promovida por Félix Duarte, quien fuera redactor de *El Guanche*. El otro título externo a la capital de la isla antillana, *La Colonia Canaria* (1891), había aparecido treinta años atrás en Cienfuegos, en cuya provincia la Asociación Canaria contaba con 1.874 socios en 1920.

¹⁸ *El Guanche*, que en la página 11 del décimo número de 30 de julio de 1924, se hacía eco de las dificultades que empezaba a tener para «entrar libremente en la tierra isleña» por la represión del Directorio, en la séptima página del número siguiente, de 15 de agosto, anunciaba la constitución, por

Patria Isleña y Tierra Canaria, llegó a muchas más personas de lo que nos puedan hacer pensar las cortas tiradas, el analfabetismo, las precarias comunicaciones, y, en definitiva, las dificultades que había en la época para difundir un mensaje en la sociedad.

Aunque los contenidos del periodismo de la emigración eran escasos y, además, se servían muy espaciadamente, con periodicidad semanal, decenal, quincenal e, incluso, mensual, no es menos cierto que tenían una vigencia muy prolongada por la lentitud con la que discurría el tiempo histórico en la época, las reiteradas lecturas en voz alta, la escasísima competencia de otras informaciones y las pocas alternativas. Paralelamente, su rol social trascendía el propio de un medio de comunicación al formar parte para los inmigrados, junto con las iniciativas solidarias y las cartas y periódicos que recibían del archipiélago, de las vías de contacto que tenían entre sí y, todos ellos, con su tierra de procedencia. En consecuencia, además de facilitar el apoyo mutuo, mantener vivas las señas de identidad, promover la integración en el lugar de destino y preservar, como deja patente el hibridismo cultural forjado entre ambas orillas del Atlántico, los patrones culturales propios, este periodismo también fue algo así como un puente en el disociado mundo afectivo, entre Canarias y Cuba, del colectivo expatriado. Tal papel fue in crescendo a partir de la crisis que, cada vez más, asoló a Cuba en los años veinte y treinta, tanto para la burguesía «atrapada» en la isla antillana por no poder enajenar su patrimonio a precios mínimamente razonables, como para los jornaleros que, sin tener qué vender, quedaron allende los mares al no poder sufragarse el pasaje de retorno o por cualquier otra razón. El testimonio que, en la página 11 del número 12 de febrero de 1931 de *Tierra Canaria* nos legó el doctor Edmundo Frank Hart, médico de la Asociación Canaria, referido a este organismo, resulta perfectamente extrapolable para entrever el papel que, en buena medida, jugó el periodismo de la emigración en Cuba, más aún, en los años crepusculares de la tradicional afluencia canaria:

Hay en el que se aleja de la tierra que le viera nacer una sensación de desplazamiento, de vértigo, de distancia, de separación, de necesidad de volver, de algo que no se sabe ni se acierta a explicar, que produce una serie de actos y manifestaciones indirectas que llegan desde la enfermedad a la necesidad inconsciente de juntarse a los suyos [...] Lo que constituye este estado afectivo ha sido muy bien determinado [...] como *dolor de lejanía* [...] Este estado afectivo de la lejanía llega a entrar en la esfera de lo patológico. Yo he visto en esta casa de salud recién llegados que ingresan sin tener nada, sin saber a qué vienen, ni qué buscan. Nosotros, los médicos, decimos que están asténicos. Ellos mismos no saben explicar lo que sienten. Pero están enfermos de lejanía [...] Estos enfermos aparecen fatigados, nerviosos, irritables, como si hubieran perdido el camino o el sentido de la vida, sin fuerzas para seguir. Se consideran fracasados e infelices [...]

«unos cuantos jóvenes», de la asociación «Amigos de *El Guanche*» con el propósito de conseguir suscriptores, anuncios y, además, que «fuera muy leído en Cuba y en Canarias».

Estos pacientes buscan en la casa de salud un remedio espiritual de su tierra, la sensación de hallarse entre los suyos [...] Pero no sólo se desea vivir con algo de la tierra dejada, sino que se desea morir en ella. Tuve un enfermo hace años que vino a pie desde Cabaiguán a morir aquí, y así me lo expresó.

Conclusión

El periodismo canario de la emigración a Cuba difirió del editado en Canarias por un acusado regionalismo¹⁹ que, en éstas, brilló por su total ausencia ante la enconada rivalidad de las burguesías asentadas en los puertos de las dos islas centrales. Sobre la concepción armónica y armoniosa del archipiélago allende los mares, tras el golpe de Estado del general Primo de Rivera en 1923, emergió un nacionalismo en el crítico contexto dejado por el crac azucarero cubano de 1920 que, salvo en el fugaz semanario *¡Vacaguaré...!* (1902) promovido por Secundino Delgado a su regreso de Venezuela, no había dado señales de vida en las islas. Se trató de una ideología forjada desde las perspectivas globales que, desde la otra orilla del Atlántico, brindaba la distancia y la nostalgia, la cual basculó desde un simple sentir identitario a la reivindicación de la independencia de Canarias.

En contraposición a otros nacionalismos surgidos por entonces entre los emigrados de otras regiones españolas, el isleño se distinguió por su moderación, su progresismo y su cosmopolitismo, hasta el extremo de que, una vez proclamada la II República, encontró acomodo en una República Federal Española. Esta templanza, por lo demás, guarda coherencia con el hibridismo del modelo del periodismo canario,²⁰ que, conjugando los rasgos de los países europeos del Mediterráneo con otros angloamericanos, siempre ha diferido de la acusada polarización del sistema informativo español por un pragmatismo (Yanes, 2003) que, a su vez, hace explicable la desigual percepción del archipiélago desde dentro de éste. Precisamente, sería esa circunstancia la que hizo que, a pesar de que el mensaje de la prensa de la emigración llegó a las islas, la ideología nacionalista no prendiera en la sociedad canaria al contradecir los esquemas subjetivos desde los que, en esta orilla del Atlántico, se percibía, y se percibe, la Región.

¹⁹ Un dato objetivo sumamente concluyente: en torno al 80% de las cabeceras hacen referencia explícita, con los términos «Canarias» o «Las Afortunadas», a todo el archipiélago.

²⁰ Titulando con estos mismos términos tenemos actualmente un artículo en vías de conclusión.

Referencias bibliográficas

- CABRERA DÉNIZ, G.J. (1996): *Canarios en Cuba (1875-1931): un capítulo en la Historia del Archipiélago*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria.
- CAMPOS MITJANS, G. y GUANCHE PÉREZ, J. (1993): "La revista *El Guanche*, el nacionalismo canario en Cuba y la defensa de sus inmigrantes (1924-1925)", en *IX Coloquio de Historia Canario-americana (1990)*, Cabildo de Gran Canaria, tomo II, pp. 1017-1040.
- DELANEY, J.J. (2003): "Lengua y literatura de los irlandeses en la Argentina", en *Signos Universitarios*, Universidad del Salvador, vol. 22, nº. 39, pp. 137-153.
- El Guanche* (2ª época). Revista quincenal ilustrada. Órgano del Partido Nacionalista Canario de Cuba (1980), edición facsimilar, Santa Cruz de Tenerife Editorial Benchomo.
- FERNÁNDEZ PÉREZ, D.W. (1956-57): "Los periódicos canarios en América", en *El Museo Canario*, nº XVII-XVIII, pp. 153-162.
- (1989): *Diccionario biográfico canario-americano*, Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria.
- (2000): *Los periódicos canarios en América*, Santa Cruz de Tenerife, Gobierno de Canarias.
- GONZÁLEZ PÉREZ, T. (2001): "Hijas de Canarias, un ejemplo de asociacionismo femenino", en *Tebeto. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, nº XIV, pp. 187-204.
- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M.V. (2003): *Secundino Delgado en Venezuela. El Guanche inédito*, Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria.
- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M.V. (2006-2007): "La prensa y el asociacionismo canario en América", *Anuario Americanista Europeo*, nº. 4-5, pp. 289-315.
- LÓPEZ ISLA, M.L. (2017): "El municipio cubando de Cabaiguán: más de cien años de canariedad", en *XXII Coloquio de Historia Canario-americana*, Cabildo de Gran Canaria, edición digital (coloquioscanariasamerica.casadecolon.com).
- MAFFIOTTE LA-ROCHE, L. (1905 y 1906): *Los periódicos de las Islas Canarias. Apuntes para un catálogo*, Madrid, Biblioteca Canaria, 3 tomos.
- MEDINA RODRÍGUEZ, V. (2000): *La aportación canaria al desarrollo asociativo español en Cuba (1861-1936)*, tesis doctoral, 2 vols., Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

- MEDINA RODRÍGUEZ, V. y LIRIA RODRÍGUEZ, J.A. (2016): "Los nacionalismos del Estado español en Cuba a través de la prensa canaria de la emigración", en *II Congreso Historia del Periodismo Canario. De la autarquía franquista a la globalización, 1936-2016*, Islas Canarias, Ediciones Densura, pp. 443-460.
- PAZ SÁNCHEZ, M. de (1991 y 1992): *Wangüemert y Cuba*, Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, 2 tomos.
- (1997): "La imagen de sí mismos. Los isleños en la revista *Islas Canarias* de La Habana", *Studia Historica. Historia Contemporánea*, nº 15, pp. 85-92.
- (2001): *Tierra Canaria*, edición facsimilar, Santa Cruz de Tenerife, Gobierno de Canarias.
- PÉREZ CARRIÓN, J.A. (1897): *Los canarios en América. Su influencia en el descubrimiento del nuevo mundo*, reedición de 2004 con estudio introductorio de Manuel Hernández González, tres tomos, Islas Canarias, Ediciones Idea.
- REYES FERNÁNDEZ, E. (1992): "Canarios en la Universidad de La Habana", en *Tebeto V. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, tomo I, pp. 249-300.
- YANES MESA, J.A. (1995): "En torno a la importancia de la emigración clandestina en Canarias durante el primer tercio del siglo XX", en *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº 41, pp. 157-174.
- (1998): "Evidencias micro y macroespaciales canarias que desmienten la emigración golondrina a Cuba durante el primer tercio del siglo XX", en *Anuario de Estudios Americanos*, Escuela de Estudios Hispano-americanos de Sevilla, vol. 55, nº 2, pp. 603-625.
- (2003): *Historia del Periodismo Tinerfeño, 1758-1936. Una visión periférica de la Historia del Periodismo Español*, Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria.
- (2006): *El ocaso de la emigración canaria a Cuba, 1920-1935*, Tenerife, Ediciones Baile del Sol.
- (2009): "La repatriación de los emigrados canarios tras el hundimiento del sector azucarero cubano, 1920-1935", en: *Anales de Historia Contemporánea*, Universidad de Murcia, nº 25, pp. 373-387.